

solemnes asambleas en pro de la autonomía y unidad vasca, fue perturbada y violentamente frustrada por ilegales e indignas maniobras de dirigentes comprometidos en todas las subversiones militares, que aprovecharon el aislamiento de Nabarra para convertirla en campo fácil de conspiración, en que trabajaron con impunidad el militarismo y la reacción.

Tradición y futuro

El resurgimiento vibrante del viejo espíritu vasco de nuestra Nabarra cierra definitivamente el ciclo de decadencia de nuestro pueblo, asegurando nuestro destino en la libertad y en la democracia.

Todo nuestro renacimiento coincide con una época de transición en la que anuncian profundas transformaciones en instituciones y hasta en conceptos tenidos hasta ayer como inmutables. No estará de más señalar que el pueblo vasco, con su Gobierno, mira de frente a la nueva época, ni será ocioso poner de relieve que nos adelantamos a la nueva experiencia europea. Lo que ayer escandalizó a más de uno, hoy parece lógico a través de los acontecimientos que se están sucediendo.

Las nuevas fuerzas creativas que irrumpen en Europa son fundamentalmente las mismas que compusieron los cuadros del Gobierno Vasco en 1936, y su coincidencia hoy en un programa práctico de realizaciones fue lo que allí, bajo el árbol de Gernika, unió en Euzkadi a hombres de diferentes ideologías, determinados a marchar con comprensión mutua por los senderos de la libertad y del bien común.

Siguiendo un proceso democrático perfectamente congruente con nuestra historia, las fuerzas populares tomaron asiento en el Gobierno Vasco conjuntamente y sólo podrá confundir y contrariar a las fuerzas reaccionarias amigas de la regimentación político-social con fines de opresión humana o de explotación económica.

Nuestro pueblo reclama en esta época de mudanzas la libertad política y la libertad social, y desea que, en consecuencia, ningún hombre honesto se halle ausente de la participación de los beneficios sociales y menos aún que viva en la holganza forzosa, que es producto de las sociedades imperfectas e injustas. Desde su iniciación hizo el Gobierno Vasco suyo tal programa, en el que constaba incluso la nacionalización de aquellas fuentes de riqueza o de producción contrarias o perjudiciales al bien común. Esta trayectoria social sabrán recorrerla los vascos ejercitando su soberanía y continuando el viejo espíritu de nuestras leyes, cuyo hondo contenido humano y social se manifiesta por igual cuando regulaban la explotación nacional de las minas de Bizkaya, que cuando mantenían el aprovechamiento comunal de las tierras de

Nuestro pueblo, dotado de vocación constructiva y unido espiritualmente, sabrá llevar a buen fin una necesaria y honda reforma social. De ella saldrá con su alma eterna revestida de nuevo ropaje, abandonando definitivamente el siglo XIX para entrar en el XX con las pelucas blancas de nuestros maceros y con las boinas rojas de los forales, pero con el cuerpo social renovado y permanentemente asentado "en la libertad de la tierra".

Esta es nuestra tradición, profundamente arraigada en sus principios, pero renovándose y adaptándose a las exigencias de cada época conforme exigen de común el buen sentido y el progreso del país.

Quizá por ello podamos llamarnos auténticamente tradicionalistas. No así quienes, olvidando el pasado, se fueron bajo las banderas engañosas de la moderna tiranía totalitaria. La tradición entre los vascos es la libertad y no la opresión. Tardíamente han abierto los ojos quienes ahora se alzan contra la tiranía al conocer de cerca sus defectos. Los sucesos recientes de Pamplona lo demuestran bien claro.

Repasen nuestros viejos Códigos, escudriñen la historia y véanla hoy repetida en la juventud que afronta la persecución, la prisión y el exilio. Sólo con nosotros y bajo nuestras banderas de libertad podrán encontrar satisfacción quienes engañados se fueron con los traidores de la tradición y del pueblo. Ahora es tiempo de rectificar y de remover del fondo de las conciencias el deber que a todo vasco impone la hora presente. Ahora es tiempo para la cooperación personal y económica, no luego. Ciertamente que son los menos los desviados, pero, aun así, a todos necesitamos en la hora de la reconstrucción del viejo hogar que queremos cobije a todos sus hijos en la libertad. Quedarán excluidos quienes hicieron daño o cometieron crimen hasta que la justicia, que sólo a la autoridad corresponde, haya saldado sus cuentas. No nos anima ningún espíritu de odio ni de venganza, antes bien estamos determinados a cerrar definitivamente este trágico período fratricida estableciendo la paz social con una conducta que sea diametralmente opuesta a la de nuestros adversarios. Ellos son quienes han erigido el odio en sistema con los campos de concentración; la prisión y el exilio, manteniendo al cuerpo social en perpetuo estado de guerra. Nosotros debemos cerrarlos para siempre. Sabemos que al expresarnos así nos acompaña el clamor de la inmensa mayoría de nuestro pueblo, decidido a secundar los propósitos de su Gobierno. Quienes protestan, muy pocos, serán seguramente quienes no estuvieron en Artxanda, en Sollube o en la batalla contra el "Canarias", como sucedía en el campo adversario con los "falangistas de retaguardia". Quien se siente fuerte y cree, no odia. Por eso aquellos que desean la paz son los que hoy con mayor determinación están luchando contra la opresión y quienes no dudarán en aceptar los más grandes sacrificios si el caso llega, porque sabe que la libertad es la vida de su pueblo y la libertad no tiene sentido sin una convivencia civil y ordenada.